

La crisis en la Unión Europea y el supuesto liderazgo alemán

Fernando Guirao

Universitat Pompeu Fabra

Resumen: La Unión Europea está en crisis porque no está capacitada para hacer frente al declive relativo de Europa, en todos los ámbitos, en un contexto globalizado. La posición hegemónica que hoy en día se atribuye a Alemania deriva de la falta de convicción y efectividad de modelos socioeconómicos y políticos alternativos por parte de aquellos otros países que, durante los últimos cuarenta años, sí que aspiraron a ocupar la posición de líderes europeos, como Francia o el Reino Unido. En cualquier caso, hace falta algo más que liderazgo alemán para salir de esta crisis. La historia de la integración europea ayuda a entender las circunstancias que producen el ascenso de Alemania así como los fundamentos de una salida colectiva a la actual crisis europea.

Palabras clave: historia de la integración europea, Unión Europea, crisis, Alemania, liderazgo.

Abstract: The European Union is in crisis because it is unable to manage Europe's relative decline, in all respects, within a global context. The hegemonic position attributed to Germany today derives from the lack of conviction and effectiveness of alternative socio-economic and political models in those countries aspiring to a position of European leadership, i.e., France or the United Kingdom, during the last forty years. In any case, more than German leadership is required to escape this crisis. The history of European integration serves to understand the rise of Germany as much as the foundations of the collective way-out to the present European crisis.

Keywords: European integration history, European Union, crisis, Germany, leadership.

La idea de que la Unión Europea está en crisis y que esta crisis europea tiene raíces alemanas —por su forma de ejercer el liderazgo— parece firmemente arraigada en el debate público actual. La portada de una de las más influyentes publicaciones del momento, *The Economist*, mostrando a la canciller (entonces en funciones) Angela Merkel alzada en un pedestal, dominando un escenario salpicado de símbolos identificativos de otras naciones de la Unión Europea en estado de ruina, representa, en la cuestión que tratamos, la imagen que vale más que mil palabras. En su editorial, significativamente titulado «One woman to rule them all», el semanario británico pedía a la futura canciller (todos los pronósticos electorales le eran entonces favorables) desprenderse «del manto de la historia de su país» y liderar Europa con determinación¹.

El presente ensayo argumenta que la posición de preeminencia que actualmente ocupa Alemania no constituye un ejercicio de liderazgo propiamente dicho ya que no resulta de una cuidadosa planificación para alcanzar la condición de líder (con los derechos y obligaciones inherentes a dicha posición), ni tampoco deriva de una delegación colectiva, consensuada y pacífica, de dicha responsabilidad, sino que es el inevitable resultado de un largo proceso de desistimiento manifiesto por parte del resto de sus socios en la Unión Europea. Es la incompetencia largamente prolongada de los principales socios de la Unión Europea para adaptarse a los retos de la globalización lo que ha llevado a un «liderazgo» alemán por incomparencia del contrario. Pero piense el lector que, aunque el gobierno alemán pudiera desprenderse «del manto de la historia de su país» (cosa harto dudosa), un liderazgo alemán en solitario, aun pudiendo reforzar los fundamentos de la Unión, no podría solucionar las verdaderas causas de la crisis europea actual.

Explicar el proceso por el cual Alemania pasa de una derrota militar sin paliativos a una indiscutida preeminencia entre las naciones europeas en menos de setenta años es, quizás, la principal responsabilidad de los historiadores hoy. No es una cuestión baladí: en dicho proceso se encuentran las claves interpretativas básicas del modelo europeo, de la crisis actual en la Unión y de las limitaciones de cualquier fórmula de liderazgo por parte de Alemania.

¹ *The Economist*, vol. 408/8853, 14-20 de septiembre de 2013, p. 11.

Un largo camino hacia la preeminencia (que no liderazgo)

Los puntos principales de inflexión del itinerario seguido por Alemania (en puridad, la parte occidental del Tercer Reich, que es la que se convertirá en la actual Alemania tras la fusión de las repúblicas federal y democrática alemanas en 1990) entre la guerra y hoy son, en mi opinión, cinco. El primero se sitúa precisamente en la primavera-verano de 1947, cuando las políticas aliadas de ocupación, castigo y revancha desplegadas tras la derrota militar alemana llevaron al conjunto de la economía mundial a una situación de desequilibrio que amenazó seriamente el mantenimiento de la plena actividad productiva en Estados Unidos. El que Alemania, la tercera economía mundial en 1939, siguiera produciendo muy por debajo de su capacidad productiva dos años después de acabada la guerra obligó a los Estados Unidos a convertirse en el suministrador mundial de última instancia. La escasa capacidad de pago en dólares de las naciones europeas llevó a Washington a confrontar un dilema: los Estados Unidos no podían seguir financiando el creciente déficit de la balanza de pagos del conjunto de los países de la Europa occidental porque el dólar era ya una moneda convertible en oro, pero al mismo tiempo cualquier drástico correctivo en las exportaciones a los europeos conllevaría una brusca caída de la producción y el empleo en los Estados Unidos. Piense el lector que, tras la Gran Depresión, Estados Unidos recuperó la plena ocupación y normalización productiva sólo en 1943, gracias al esfuerzo bélico, situación de excepcionalidad que pretendía continuarse con un programa de globalización diseñada a su medida (el sistema de Bretton Woods). La falta de producción en Alemania por imposición aliada arrojó la primera sombra de la tan temida crisis de posguerra de la economía de Estados Unidos, tal y como había sucedido tras la Gran Guerra. El Programa para la Recuperación Europea, conocido como el Plan Marshall, se concibió para rescatar la economía americana al permitir el suministro europeo a cambio de pago en especie. Una condición imprescindible del Plan Marshall fue la normalización productiva de la parte occidental de Alemania, la futura República Federal.

Una Alemania «normal» era una pura contradicción en sus términos en 1947. Cualquiera que entonces contara con setenta y

siete años de edad había visto los ejércitos teutónicos marchar sobre suelo no germano en tres ocasiones, la guerra franco-prusiana de 1870-1871, la Gran Guerra de 1914-1919 y la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945. Pero el *problema alemán* no era sólo una cuestión de seguridad física, sino también de seguridad económica: tan pronto como los límites a la producción industrial en las zonas occidentales de ocupación se elevaron, a principios del verano de 1947, la industria alemana realizó un sorprendente *sorpasso* a Francia, la nación que había sido designada para remplazar a Alemania como motor industrial del continente europeo. Ante su creciente debilidad en todos los campos, menos el político, el gobierno francés ideó la supranacionalidad para sustraer de manos alemanas el control de la industria siderúrgica, sector entonces neurálgico en el futuro industrial europeo, y el gobierno de Bonn la aceptó como fórmula ideal para eliminar el control aliado y recuperar así, en parte, el control directo de su industria a través de su participación en la Alta Autoridad. La Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) nos enseña que la integración se inició como un gran pacto de cesión nominal de soberanía en el que Francia y Alemania (además de los otros cuatro Estados signatarios del Tratado de París de abril de 1951) recuperaron un mayor control sobre su propio destino a través de una fórmula de soberanía compartida.

La CECA fue la última pieza de todo el complejo entramado de la reconstrucción posbélica. La reconstrucción del mundo de posguerra, que con tanta pasión y no poca precisión cuenta la primera parte del documental *The Spirit Of '45* de Ken Loach, necesitó acomodar el renacimiento de la economía alemana occidental dentro de un marco supranacional para fortalecer las bases materiales del nuevo contrato social en buena parte de las democracias europeas. Pero la consolidación democrática europea requería de una contribución alemana estable a más largo plazo, lo que se consiguió a través de los acuerdos de liberalización comercial y multilateralización de pagos que el Plan Marshall alentó y permitió entre los países de la Europa occidental (con la única exclusión de la España franquista). Si el Tratado de París permitió la normalización de las relaciones entre enemigos históricos, también en 1951 la República Federal de Alemania consiguió recuperar la normalidad productiva y los niveles de comercio de preguerra. Por ello, el segundo punto de inflexión en la historia alemana contemporánea, desde una perspec-

tiva de impacto europeo, se sitúa, sin duda, entre mayo de 1950 (la declaración de Robert Schuman) y abril de 1951 (firma del tratado que establece la CECA)².

Pero la aventura alemana no había hecho más que comenzar: durante la década de los años cincuenta, la economía alemana se situó en el centro neurálgico del conjunto de la fábrica europea. Desde 1950 en adelante, todos los países de Europa occidental exportaron a Alemania cada año más que el anterior; el mercado alemán actuó para todos como un estabilizador ante problemas en otros mercados alternativos (europeos o extra-europeos, especialmente los Estados Unidos) y, gracias a la Unión Europea de Pagos, concedió elevadas sumas de crédito automático a los socios europeos con déficits estructurales en sus balanzas comerciales. Los *policy-makers* del momento creyeron ver en el comercio con la República Federal la palanca fundamental de una inusitada fase de crecimiento que se prolongaba más de lo esperado e, indirectamente, de la consecución del pleno empleo que progresivamente iba llegando a todos los países del occidente europeo. El crecimiento económico era entonces concebido como la argamasa de la insólita cohesión social y estabilidad política que disfrutaban y el comercio con Alemania su principal correa de transmisión.

El problema fundamental al que se enfrentaron los europeos occidentales a mediados de la década de los años cincuenta fue la presión de Washington por acelerar la entrada en vigor de los acuerdos de Bretton Woods y la suspensión de todo el marco de protección comercial que el Plan Marshall había concedido a Europa occidental durante un tiempo limitado que parecía expirar en 1955. Así fue como surgió el proyecto de unión aduanera que desembocaría en el establecimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE) para *européizar* la economía alemana dentro de un marco legal de discriminación contra el resto del mundo, el área del dólar principalmente³. Si la República Federal de Alemania hubiera proseguido en su afán de convertirse en una economía mundial, la CECA hubiera

² No hay mejor guía para el periodo de la reconstrucción posterior a 1945 que Alan S. MILWARD: *The Reconstruction of Western Europe 1945-51*, Londres, Methuen, 1984.

³ La lectura imprescindible en este caso es Alan S. MILWARD: *The European Rescue of the Nation-state*, Londres, Routledge, 1992.

quedado como una anécdota en la historia y la CEE no existiría⁴. Este giro copernicano supuso la tercera inflexión, aquella que sirvió para que Alemania pospusiera, al menos temporalmente, su destino manifiesto de gran potencia económica mundial a cambio del acceso preferente e irreversible a los principales mercados industriales de su entorno más inmediato. Piense el lector que, en sus orígenes, los Seis sumaban una población de 168,7 millones y que el mercado único ha ido progresivamente creciendo hasta englobar hoy en día a 31 Estados y cerca de 510 millones de personas.

Cuando la Edad Dorada europea inició su lenta agonía (con su letanía de paro e inflación) y el régimen de estabilidad cambiaria saltó por los aires, la peculiar personalidad del banco central de la República Federal añadió un rasgo distintivo a la consabida fortaleza de la demanda alemana: una política monetaria de estabilidad de precios y rabiosa independencia del poder político. Durante toda la década de los años setenta (hasta marzo de 1978) varios modelos de política monetaria se disputaron la preeminencia. La experiencia del Acuerdo de Basilea de la primavera de 1972 (conocido historiográficamente como la serpiente monetaria europea) mostró que el Bundesbank era el único banco central europeo capaz de dotar de una relativa estabilidad a su divisa, a la vez que la República Federal mantenía las tasas de inflación y desocupación más bajas de Europa occidental. No resultó, pues, sorprendente que emergiera un área de estabilidad monetaria en torno al marco alemán que englobaba, no por casualidad, a las mismas economías *virtuosas* de ahora (Austria y Holanda). Pero no se trataba sólo, repito, de estabilidad cambiaria: todos aquellos que habían mantenido su moneda vinculada estrechamente al *Deutsche Mark* (Austria, Holanda, Noruega, Suecia y Suiza) habían sido capaces de combatir con efectividad el envite combinado de la inflación y el desempleo y con ello ser los únicos, junto a la República Federal, en reducir sus índices de miseria entre 1973 y 1979, mientras que, por ejemplo, Francia y el Reino Unido, que representaban los modelos alternativos, registraron el peor desempeño (tras España y Portugal). La estabilidad cambiaria era el resultado de un comportamiento macroeconómico

⁴ Afán meridianamente expresado por el entonces ministro federal de Economía, Ludwig ERHARD en *Germany's comeback in the world market*, Londres, Allen & Unwin, 1954.

más responsable y sostenido en el tiempo, es decir, de unas democracias más efectivas.

La credibilidad monetaria de la Alemania federal se puso a disposición de toda la Europa comunitaria a partir de 1979 mediante el Sistema Monetario Europeo (SME)⁵. Ésta sería la cuarta inflexión en las relaciones entre la República Federal y el resto de sus vecinos. La decisión alemana de cambiar el régimen cambiario del Acuerdo de Basilea se produjo sólo cuando las autoridades francesas emitieron señales claras de su voluntad y dieron garantías suficientes de su capacidad para implementar una política que tuviera como eje central la estabilidad de precios. Desde el verano de 1969, París no cejó de solicitar la generosa ayuda alemana, con carácter incondicional, como rasgo distintivo de la integración europea o como apoyo a la entente cordial anunciada por los acuerdos del Elíseo. No fue hasta el verano de 1978 que las elites gobernantes en Francia fueron capaces de mostrar la necesaria y convincente evidencia —ante Fráncfort y Bonn— de que se habían comprometido a dar prioridad a la estabilidad de precios a largo plazo. Sólo entonces, los alemanes —gobierno y Bundesbank— idearon una fórmula para ayudar a los socios principales de la República Federal en sus esfuerzos en favor de la convergencia en el manejo de su política monetaria. Lo hicieron a través de un dispositivo muy sofisticado del tipo de cambio (con estrictas reglas de intervención) y no a través de la transferencia masiva de recursos o la mera expansión inflacionaria de la demanda alemana de productos hechos en Europa. La ayuda para el gobierno francés —y otros— sólo se materializaría a cambio de un claro compromiso por la estabilidad cambiaria y la convergencia real hacia los patrones alemanes. No obstante, en la presentación pública de dicha fórmula, se utilizó el efectivo disfraz de ser el SME un paso hacia la Unión Monetaria Europea.

Espero que el atento lector no haya dejado pasar inadvertida la enorme similitud —en cuanto a *tempo* y *modus operandi*— entre la situación actual y la descrita en el párrafo anterior. La primera solicitud por parte de Francia a una ayuda alemana para evitar la devaluación se produjo a finales del verano de 1969 pero el SME no entró en operación efectiva hasta marzo de 1979. Esto es, Fran-

⁵ Una referencia reciente sobre la materia es Emmanuel MOURLON-DRUOL: *A Europe Made of Money. The Emergence of the European Monetary System*, Ithaca, Cornell University Press, 2012.

cia tardó una década en generar las suficientes contrapartidas para convencer a Bonn y a Fráncfort de poner la credibilidad monetaria alemana al servicio de Francia y del conjunto de los miembros de la Comunidad Europea. En cuanto al *modus operandi*: cuanto más germanófilas se vuelven las elites gobernantes europeas ante su fracaso de gestión autónoma, mayor énfasis ponen todos los involucrados en el discurso europeísta a modo de coartada.

El Tratado de Unión Europea cambió completamente los términos de la relación de Alemania con sus vecinos. Ya expliqué en otro lugar las circunstancias que coadyuvaron para la aprobación de la unión monetaria europea tal cual quedó definida en el famoso tratado firmado en Maastricht en febrero de 1992⁶. Permítanme que me limite a subrayar el punto más obvio que implicó el quinto y último punto de inflexión en la historia de la Alemania posbélica y sus vecinos. Si bien hasta 1992 la integración europea se explica por la progresiva *europización* de Alemania occidental —en el ámbito comercial en los años cincuenta y setenta y también en el monetario en los años setenta y ochenta—, la unión monetaria inicia la *germanización* institucional del conjunto de Europa, esto es, una alocada transposición del modelo institucional alemán al conjunto de la Unión Europea.

Desde que estalló la crisis muchos se han lanzado a señalar los llamados «fallos de diseño» del euro⁷. Yo insisto en que no hubo defecto de fabricación, sino que los términos del acuerdo representaron el mínimo común denominador posible entre todas las partes implicadas. No es lo mismo, en mi opinión, un defecto de fabricación que provoca fallos en el funcionamiento de un aparato, que un artificio diseñado para funcionar sólo en determinadas circunstancias. Los historiadores aún no hemos podido acceder a la documentación pertinente y, por lo tanto, no podemos más que proponer teorías plausibles. La mía, basada en treinta años de investigación en la historia de la integración europea, es que el diseño que se hizo de la unión monetaria comportaba ries-

⁶ Fernando GUIRAO: «L'evolució de la integració europea des de l'adhesió d'Espanya a la Comunitat fins a la Unió Europea d'avui (1986-2007). Una reflexió crítica», *Nota d'Economia*, 88 (2007), pp. 41-57.

⁷ En este sentido, véanse Barry EICHENGREEN: «European Monetary Integration with Benefit of Hindsight», *Journal of Common Market Studies*, vol. 50, 1 (2012), pp. 123-136, y José Luis RODRÍGUEZ ZAPATERO: *El dilema. 600 días de vértigo*, Barcelona, Planeta, 2013, p. 328.

gos perfectamente estudiados por la teoría económica —áreas monetarias óptimas— y conocidos por los signatarios del tratado. Ningún miembro de ningún gobierno signatario puede afirmar que desconocía qué se firmaba en Maastricht el 9 de febrero de 1992. Lo que sucedió más bien fue que, conocedores de los riesgos potenciales y de la falta del instrumental de respuesta, los gobiernos de las economías más vulnerables se convencieron de su capacidad de transformar los fundamentos económicos, políticos y sociales de sus países de una manera tan radical que éstos consiguieran un grado de convergencia económica (real, no nominal), institucional y social tan elevada con los modelos centroeuropeos de más éxito que evitaría los escenarios catastróficos que anticipaba la teoría económica. ¡La Agenda de Lisboa fue precisamente esto!⁸ Desgraciadamente la clase dirigente de los países actualmente en dificultades no se tomó en serio el reto de la modernización productiva, social e institucional; todo lo contrario⁹. De aquellos barros vinieron estos lodos.

En todos y cada uno de los puntos de inflexión de la historia de la Alemania federal con respecto al conjunto de la Europa occidental nos encontramos que las autoridades alemanas estuvieron condicionadas por la necesidad de satisfacer las naturales necesidades de su entorno en términos de seguridad, en el sentido más clásico del término, pero también de seguridad económica. El potencial económico alemán se capturó en beneficio de los Estados que formaron la Comunidad Europea de una manera simbiótica, esto es, mediante un patrón de dependencia mutua que, como tal, requiere de una administración generosa pero a la vez responsable en forma colectiva. ¿Cómo es que nos hemos olvidado tan pronto de una lección tan importante? Quizás la manera harto simplista en que se ha explicado la historia de la integración europea haya contribuido a

⁸ Las conclusiones de la Presidencia del Consejo Europeo de Lisboa de 23 y 24 de marzo de 2000 rezaban así: «The Union has today set itself a *new strategic goal* for the next decade: *to become the most competitive and dynamic knowledge-based economy in the world, capable of sustainable economic growth with more and better jobs and greater social cohesion*» (cursiva en el original http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/en/ec/00100-r1.en0.htm).

⁹ Jesús FERNÁNDEZ-VILLAVARDE, Luis GARICANO y Tano SANTOS: «Political credit cycles: The case of the Euro zone», *National Bureau of Economic Research, WP 18899* (marzo de 2013).

una generalizada irresponsabilidad en el uso del sofisticado mecanismo de acción colectiva que supone la Comunidad Europea¹⁰.

Un liderazgo no intencionado e incómodo

La historia de las potencias hegemónicas del continente europeo está llena de lecciones para la actualidad. Las más trágicas nos muestran cómo los cambios impuestos desde fuera suelen tener escasa duración en contra de lo que sucede con aquellos que se generan endógenamente, que son el resultado de pactos sociopolíticos internos con amplio respaldo popular¹¹. El ejemplo más certero quizás esté en la era napoleónica. La auténtica simpatía política que la Francia revolucionaria despertó entre las elites revolucionarias en Suiza, en las Provincias Unidas y en España no pudo superar la crudeza de la ocupación militar y los cambios que Napoleón impuso a la Europa continental fueron revertidos por doquier después de 1815. Lo mismo sucedió con el modelo socioeconómico de carácter revolucionario a escala continental —desde Francia a Noruega— que implicaba el Nuevo Orden Europeo (*Neuordnung Europas*) de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Gracias a los trabajos de muchos historiadores sabemos que la colaboración francesa y noruega, por poner los dos ejemplos más significativos, con las fuerzas de ocupación fue amplia y entusiasta. El Mariscal Pétain consideraba que el nuevo orden permitiría la regeneración espiritual y social de Francia mientras que para su primer ministro Pierre Laval, más prosaico, era la garantía de un futuro industrial para Francia. La planificación alemana otorgaba a Noruega un papel destacado en la *Grossraumwirtschaft* tanto en la vertiente industrial —especialmente como productor de aluminio— como en la expansión de la agricultura y la pesca con la intención última de preservar una supuesta idílica idiosincrasia noruega mientras el país contribuía a la alimentación de la población alemana y

¹⁰ Un alegato contundente en este sentido es Mark GILBERT: «Narrating the Process: Questioning the Progressive Story of European Integration», *Journal of Common Market Studies*, vol. 46, 3 (junio de 2008), pp. 641-662.

¹¹ Frances M. B. LYNCH y Fernando GUIRAO: «A Lifetime's Search for a Theory of Historical Change-An Introduction to the Work of Alan S. Milward», en Fernando GUIRAO, Frances M. B. LYNCH y Sigfrido RAMÍREZ (eds.): *Alan S. Milward and a Century of European Change*, Londres, Routledge, 2012, pp. 1-129.

europea. La batalla de Stalingrado cambió la fortuna militar de Alemania y le impuso la necesidad de adoptar una política de radical explotación de las zonas bajo su dominio. Aquello arrancó de cuajo toda simpatía e identificó la ocupación alemana como la más genuina representación del mal absoluto.

El estrepitoso fracaso del Nuevo Orden vacunó a Alemania de cualquier intento de imponer ningún modelo de organización política, económica o social allende sus fronteras. Por ello, la interpretación de la posición alemana durante la presente crisis como nazismo renacido —incluida la representación de la canciller Merkel como la encarnación de Adolf Hitler—¹² incurre en un error de apreciación histórica de grueso calibre e impide entender los términos actuales de las relaciones entre Alemania y los eslabones más frágiles de la Europa comunitaria. Éste no es un fenómeno limitado a cuatro exaltados buscando chivos expiatorios, sino que, preocupantemente, parece haber calado en una opinión pública informada¹³. Si uno se parara a analizar cuándo la relación con Alemania entró en barrena política llegaría a la conclusión de que fue cuando los gobiernos con fuertes resacas le pidieron que pagara la factura de su propia borrachera y Berlín (junto con Fráncfort) respondió con un sí condicionado para evitar caer en facturas similares en el futuro.

Durante la primera década del presente siglo los Estados periféricos que ahora se encuentran en dificultades se emborracharon de liquidez a precios alemanes. A partir de octubre de 1998 la media del tipo de interés de los bonos soberanos a diez años de todos los países de la periferia de la eurozona (incluida Grecia) se situó por debajo de los cien puntos básicos con respecto al bono alemán, que siempre ha sido el más fiable para los inversores y, por tanto, el que menos interés ha tenido siempre que ofrecer en el mercado. Estas diferencias llegaron a situarse a menos de dieciséis puntos básicos entre enero del 2003 y junio del 2007¹⁴. Durante todo este pe-

¹² Haga el lector una búsqueda en Google-imágenes combinando los términos «Merkel», «Nazi» y «Hitler» y verá significativas pancartas y primeras páginas de diarios aparecidas en el sur de Europa entre 2010 y 2012.

¹³ Sirva de ejemplo la columna «Lebensraum» que Almudena Grandes publicó en la contraportada de *El País* el 18 de junio de 2012: «Europa ha vuelto a ser [...] aquel imprescindible “espacio vital” al que Hitler recurrió, hace setenta años, como fuente de legitimidad para invadir el continente».

¹⁴ Datos procedentes de Eurostat Data Explorer, EMU convergence criterion series - Monthly data.

riodo, las emisiones de deuda soberana a largo plazo de todos los países del euro eran tratadas en condiciones muy similares a las ofrecidas a la deuda alemana. No recuerdo a ningún político o empresario español quejarse entonces del obvio malfuncionamiento de los mercados. Los diferenciales debidos al factor de «riesgo país» desaparecieron por el encanto de la Unión Monetaria Europea: todos éramos tratados como alemanes pero ninguno acompañó a Alemania en su espíritu reformista, pocos se esforzaron por cumplir con la Agenda de Lisboa y ningún país de la periferia utilizó las extraordinarias facilidades de financiación para llevar a cabo una convergencia institucional real hacia las mejores prácticas. Por el contrario, dicha financiación sirvió para generar en muchos países los mayores desequilibrios macroeconómicos de la era reciente. Cuando los inversores abandonaron el espejismo y comenzaron a tratar cada emisión de deuda pública de acuerdo con su percepción del riesgo que cada país tenía para satisfacer la deuda contraída fue, precisamente, cuando Alemania se convirtió en el socio insolidario, abusador y tiránico. El hecho de que la crisis económica en países como España, Grecia, Irlanda, Italia y Portugal se haya transformado en una crisis sistémica (esto es, económica, política y social) no parece ser responsabilidad alemana aun cuando muchos insisten en responsabilizar a Berlín por «omisión de ayuda». Es la clase dirigente de los países actualmente en dificultades los que no corrigieron comportamientos nocivos en el pasado y quienes aplican ahora recetas de corte ideológico bien preciso con la excusa de ser imposición exterior para ocultar así su propia responsabilidad.

Mucho ha llovido desde que la primera crisis bancaria por contagio de las hipotecas basura se produjo en la eurozona en 2007. Me resulta imposible sintetizar en esta contribución los muchos errores de apreciación, decisiones de corto vuelo y engaños por parte de todos que se han registrado desde entonces. Permítame el lector que me limite a utilizar mi competencia como historiador para aconsejar el diseño de una vía de salida a la parálisis que sufre la Unión Europea. La historia de la integración europea en el contexto de la globalización diseñada desde la conferencia de Bretton Woods hasta hoy nos permite dibujar las cuatro líneas maestras necesarias para que cualquier actuación tenga visos de éxito. En primer lugar, toda propuesta que no tenga en consideración los intereses esenciales de todas las partes implicadas difícilmente tendrá

vida más allá del debate periodístico¹⁵. En segundo lugar, la integración sirve para complementar la acción individual de cada Estado miembro, no para remplazarla. Esto es, si España, por poner un ejemplo, no resuelve los graves problemas institucionales que le afectan en todos los ámbitos —desde la educación a la organización territorial—, toda ayuda exterior será de limitado efecto. En tercer lugar, sólo mediante el restablecimiento de la simetría podrán los países de la Unión Europea restaurar la necesaria simbiosis en su estrategia colectiva de sobrevivencia¹⁶. Y, finalmente, la integración, para que sea efectiva, ha de mejorar la posición relativa del conjunto de la Unión en el contexto económico internacional.

La corriente de fondo de la crisis que vivimos actualmente —tanto de la propia Unión Europea como en la periferia europea— resulta de la aceleración del declive relativo de Europa en su conjunto y de la economía europea en el contexto mundial. Según previsiones recientes de organismos internacionales competentes, los países de la eurozona generarán el 9 por 100 de la producción mundial en 2060, cuando ahora representan un 17 por 100; para entonces China generará el 28 por 100 e India un 18 por 100. La todopoderosa Alemania registraría (de cumplirse las previsiones) una tasa de crecimiento decepcionante en términos comparados tanto con respecto a las economías de la OCDE como del resto del mundo, por sus enormes problemas demográficos, limitada inversión en infraestructuras y baja productividad y dimensión de su sector servicios¹⁷. El dogma de la contención salarial pone en evidencia los problemas de transición de la economía alemana desde un modelo de crecimiento extensivo a otro de crecimiento intensivo basado en la innovación. No extrañará al lector

¹⁵ En Xavier CUADRAS y Fernando GUIRAO: «Contra la crisis, ¿sólo más Europa?», *La Vanguardia* (suplemento *Dinero*), 1 de julio de 2012, se explica, por ejemplo, por qué los Eurobonos, sin más, tienen poca posibilidad de materialización.

¹⁶ El lector encontrará un valioso ejemplo en los trabajos de Paul de GRAUWE: «In search of symmetry in the Eurozone», mimeo 2012 (http://www.econ.kuleuven.be/ew/academic/intecon/Degrauwe/PDG-papers/Discussion_papers/Symmetries.pdf) o ID.: «Macroeconomic policies that will help Southern Europe», parte del informe «A Strategy for Southern Europe» del proyecto LSE IDEAS, Londres, 2013 (<http://www.lse.ac.uk/IDEAS/publications/reports/SR017.aspx>).

¹⁷ *Looking to 2060: Long-term global growth prospects*, OECD Economic Policy Papers, París, noviembre de 2012.

que, dadas las turbulencias que se aproximan a gran velocidad, la preocupación fundamental de la canciller Merkel es la de encontrar la adecuada política de productividad y crecimiento que haga sostenibles los múltiples modelos sociales europeos a largo plazo. Si bien en la actualidad la población de la Unión Europea representa el 7 por 100 de la población mundial y genera el 25 por 100 de la riqueza mundial, necesita el 50 por 100 del gasto social total¹⁸. Éste es el verdadero problema europeo para cuya solución Alemania sola, con toda su potencia, resulta impotente y todo el conjunto institucional de la Unión Europea ineficaz. De hecho, sin 28 pactos nacionales propiamente dichos en favor de economías sostenibles en un contexto de globalización, capaces de mantener altas cotas de cohesión social y de consolidación democrática, no será posible. Pero sí lo fue en toda aquella Europa de la inmediata posguerra que acabaría constituyendo la mayor familia de naciones democráticas de su tiempo¹⁹. ¡Aprendamos de ellos! La historia nos enseña cómo construir respuestas para el futuro; sólo faltan los profesionales capaces de extraerle al pasado sus lecciones y una clase dirigente competente para escucharlas.

¹⁸ La fórmula «7-25-50» llegó al público, primero, a través de las páginas de *Der Spiegel* (Konstantin von HAMMERSTEIN y René PFISTER, «Kein Wunder», 50 (10 de diciembre de 2012), pp. 1-25) y, más tarde, por la referencia directa que David Cameron realizó en su anuncio de un futuro referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, el 23 de enero de 2013 (<http://www.spiegel.de/international/europe/the-full-text-of-the-david-cameron-speech-on-the-future-of-europe-a-879165.html>).

¹⁹ Dos lecturas imprescindibles en la materia son Charles S. MAIER: «The two postwar eras and the conditions for stability in twentieth-century Western Europe», *American Historical Review*, vol. 86/2 (1981), pp. 327-352, y Barry J. EICHENGREEN: «Institutions and economic growth: Europe after World War II», en Nicholas CRAFIS y Gianni TONIOLO (eds.): *Economic Growth in Europe since 1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 38-72.